

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

número 268

Valencia, 27 de Octubre de 1937

María Carbonell, 2

COMO

la no inter-
vención con-
tinúa... Alemania in-
tensifica sus envíos de
material de guerra a
los rebeldes

LONDRES. — Vernon Bartlett, corresponsal del "News Chronicle", denuncia los embarques secretos de material de guerra que diariamente se hacen en Hamburgo.

"Informaciones recibidas de Hamburgo señalan que en el puerto franco hay extraordinaria actividad, especialmente por la noche. Unicamente los cargadores, cuidadosamente escogidos y controlados por S. A. y por S. S., están autorizados para acercarse a ciertos muelles.

Una gran cantidad de material llega igualmente al puerto de Stottin y es reexpedida a Austria e Italia.

Parece ser que el "Sophie-Rickmers", de la compañía de navegación Rickmers, cargó dos mil toneladas de explosivos en Brunshausen, entre el 1 y el 4 de octubre. Parte de este enorme cargamento está destinado al general Franco, y el resto al Japón."

(«Le Peuple», 22-X-937.)

Los españoles del otro lado se preguntan: ¿Quién manda aquí?

De un artículo de Virginia Cowles, publicado en el «Daily Express», el día 20 de octubre de 1937, traducimos lo siguiente:

De un extremo a otro de la España rebelde ondean las banderas alemanas e italianas.

En Salamanca, la tranquila y vieja ciudad universitaria, escogida por Franco para su cuartel general, los hoteles, los bares y los restaurantes, están adornados con cruces gamadas y banderas italianas. Muchos edificios tienen enormes carteles con las siguientes palabras: «¡Vive il Duce!»

El Gran Hotel, está decorado con enormes bastidores en los que aparecen las figuras de los dictadores de una manera un tanto ridícula; Mussolini, con casco guerrero y la barbilla saliente, está repulsivo y belicoso; Hitler, mira reflexivamente al espacio como si pidiese a Europa que se defiende contra el comunismo.

El salón del hotel tiene ambiente cosmopolita. Unos coroneles alemanes están solemnemente sentados tomando café, y varios oficiales españoles del Estado Mayor, con sus fajines azules anudados al tallo, se pasean, dándose importancia sobre las grandes losas de mármol.

Algunos italianos con botas de montar y espuelas, bajan ruidosamente por la escalera con una muchacha de cada brazo, mientras que los legionarios extranjeros, con sus camisas verdes y la gorra ladeada, discuten con el empleado del «comptoir».

Es difícil conseguir habitaciones en el Gran Hotel, pues casi todas están ocupadas por alemanes. El último piso está dedicado a cuartel general de los germanos y está custodiado por la Guardia civil.

El ambiente del salón es de aburrimiento y desconfianza. Los recién llegados son mirados con recelo. En una de las paredes hay un letrero que dice: «¡Chist! Espías», y añade que si se sorprende a alguien hablando de la situación militar, se denuncie inmediatamente al indiscreto, y de esta manera se servirá a la Patria. Sin embargo, sobre la situación militar se discute durante las veinticuatro horas del día.

Consideran que las fuerzas italianas le son indispensables a Franco. Aunque los españoles hablan con desprecio de la fuerza combativa italiana, es lo cierto que fueron aviones alemanes e italianos los que rompieron la barrera de hierro de Bilbao, y que, en la actualidad, tres divisiones italianas combaten en el frente Norte.

Los personajes de la situación sostienen que España es antidemocrática, antiliberal y antiparlamentaria; pero entretanto, se mantiene el sistema de «denuncias» para encarcelar a los que piensan de otra manera. Cualquier expresión favorable a un Gobierno liberal es suficiente para señalarle a uno como «rojo».

La animosidad contra Inglaterra y Francia es grande

La animosidad contra Inglaterra y Francia es grande, y por todas partes se oye hablar de la decadencia de las democracias y de las futuras amenazas de estos países contra Italia, Alemania y España unidas.

Un oficial español del Estado Mayor, dando rienda suelta a su fantasía, declaró que Francia será pronto dividida en tres partes: «la costa vasca, para España, la Riviera, para Italia, la región central para Alemania y París para los franceses, porque lo administran muy bien. En cuanto a Inglaterra —añadió— con los cañones españoles y alemanes contra Gibraltar ya puede prepararse...

Los italianos tienen una oficina de propaganda y su influencia es tal que varios escritores han sido expulsados de Salamanca porque en años anteriores habían escrito en contra del régimen fascista.

Los políticos y diplomáticos italianos son tratados con la mayor estimación.

Vi al Embajador de Italia cuando las tropas del «duce» entraron en Santander.

Iba yo acompañado de un empleado de la oficina de Prensa por la carretera de la costa y fuimos detenidos varias veces. En un puente, nos detuvimos porque el camino estaba obstruido por un camión enorme. El conductor de éste no pudo tomar bien la curva pronunciadísima que hay al final del puente y se encontró ante un acantilado profundo, por lo cual no tenía más remedio que retroceder hacia la cuesta. Se envió un grupo de prisioneros en su ayuda, pero no se consiguió nada; pues las ruedas patinaban en el barro.

Después de unos veinte minutos de espera, llegó hasta nosotros un automóvil negro precedido de una escolta de motoristas. El embajador italiano descendió del coche para presenciar los trabajos.

Las órdenes se daban cada vez con más violencia; pero las ruedas seguían patinando sobre el barro.

Como se considerase que era una enorme descortesía hacer esperar nada menos que al Embajador de Italia, el oficial encargado de la custodia de aquellos prisioneros, resolvió la cuestión ordenando que el camión fuese empujado hacia el precipicio.

Con el motor aún en marcha, los hombres lo empujaron, y con un ruido tremendo, el camión cayó al fondo del abismo. El Embajador hizo el saludo fascista y montó en su coche.

Un español que estaba a mi lado, se puso pálido de indignación y murmuró: «¡Cien mil pesetas que costó!...» ¿Pero quién manda en este país?

Esta es la cuestión, naturalmente.

En tercera página:

La ejecución de Antonio José, el músico poeta

Franco en Babia y el Imperio en Jauja

El "generalísimo" se ha dirigido a la juventud. La juventud se concentró a la sombra mística, gótica y estrambótica, de la catedral de Burgos. Con el brazo en alto, con la mirada perdida, con el espíritu empeñado o ya sin él, los jóvenes falangistas han acudido a dar prueba de su anacronismo.

Rompiendo un silencio "tenso y terso" —son palabras del diario "Sur"—, habló Franco. "Como árboles unidos —dijo—, así ha de ser la juventud, españoles. Árboles altos y esbeltos que eleven sus copas al cielo; pero apretados, unidos para ser más fuertes."

Eso quiere Franco: que España se convierta en selva; virgen o no, eso dependerá de la propia juventud, no de él, capaz tan sólo de violar con su palabra las sutilezas de los silencios más o menos "tensos y tersos".

Por los jirones de este silencio asoman las mal disimuladas mentiras imperiales del "caudillo". Se trata de resucitar una España enmarañada y sucia, selvática y cruel, para convertirla en Imperio, dotándola de los más preciados dones que pueda imaginarse.

En este sentido imaginario, Franco ha llegado al colmo. Su proyecto de Imperio reúne cuanto de maravilloso e increíble hay sobre la tierra. Incluso la chatarra. Le falta, en cambio, la potencia necesaria para lograrse. Le falta, como a toda fantasmagoría, la razón de ser. Su Imperio es una segunda Jauja a la que para serlo de veras no le sobra ni el privilegio de quedarse en simple promesa.

El "caudillo" agoniza entre ilusiones. Su última fantasía, su más atrevida pretensión, la de proclamarse paladín de la independencia nacional.

A los jóvenes se lo ha dicho con su palabra cínica. Y los jóvenes —ellos de siempre o alelados de última hora en las filas de Falange— se han debido quedar estupefactos. Es Franco quien les habla de la integridad territorial de España. "Cesiones de trozos de España, cesiones de algo que sea español no caben en el resurgir de nuestras juventudes." "No se preocupen las Cancillerías del mundo: España se basta a sí misma para defender sus territorios; España reivindicará hasta el último rincón de su solar. España no admite especulaciones con su soberanía."

Ya lo saben las Cancillerías. España —¡claro que no!—, no especula con su soberanía. Es Franco, titulado pomposamente "vencedor del mal", quien se viene dedicando a toda suerte de desdichadas especulaciones. Es él y con él Mussolini, Hitler, Oliveira Salazar y toda la morería quienes defienden —espántese quien aún no esté curado de tan extendida dolencia— la independencia española. No olvidemos que Franco es Colón, Isabel la Católica, Torquemada y Cisneros en una pieza. Bien puede ser, por añadidura o alarde de imaginación, Daoiz, el Empecinado, Mina y Agustina de Aragón. Lo cierto es que el "caudillo" está en Babia; eso también lo saben las Cancillerías. Desde tan lejos ha llegado para hablar a las juventudes. "Después —añade "Sur", del 13 de octubre actual— el Generalísimo, sonriente, luciendo su camisa azul, saludaba con el brazo en alto a la juventud estremecida."

Estremecida, absorta y engañada, mientras el cínico "generalísimo" se reintegraba, tan campante, al limbo de donde jamás debió salir.

LA CHARLA DE LAS IDEAS

Maniobras, engaños y provocaciones

Vivimos en una época de grandes maniobras. Maniobras militares por parte de los Gobiernos, a fin de prepararse para las futuras guerras como defensores, como atacantes; maniobras políticas de los diversos grupos que se disputan el Poder para beneficio particular de cada uno con exclusión siempre de los intereses de los partidos contrarios y de las masas que han de servir eternamente de vehículo a todos los que comercien con su buena fe; y maniobras diplomáticas para precipitar o complicar los acontecimientos que soporta la humanidad en un estado de continua y desesperante expectación, mientras una parte de ella es insultada, atormentada y triturada. Este calvario, entre esperanzas y desilusiones, entre periodos de relativa calma y convulsiones violentas, continuas, para la pobre humanidad. El hombre es el único ser entre los que viven y gozan de la tierra, que, después de haber alcanzado la posición vertical para elevarse hacia la luz, se ha quedado por debajo de los más pequeños insectos. De herbívoro se ha transformado en omnívoro, en enemigo de todo lo que puebla nuestro planeta; en enemigo de los otros hombres y de sí mismo.

¿Por debajo de los insectos? «Los más sabios de los fantasmas humanos —dice Balmont— son el escarabajo, la araña y el ciempiés, en-

tre los cuales el deseo va libremente hacia el deseo; sin uniones ni tradiciones, libres como las ondas de un río. Para todos es la vida profunda y bella, menos para los hombres, que se han hecho una vida inferior a la de los animales.»

Cuando uno piensa en la gran paradoja de querer procurar, bajo un Gobierno que se dice amigo del pueblo, la abundancia y la vuelta a la prosperidad a través de la penuria artificial, y se asiste, con motivo de semejante política de locura, a una carencia real de artículos de primera necesidad como la carne, que ha alcanzado precios prohibitivos que van aún hacia ulteriores aumentos, mientras hoy día, disminuye la capacidad de compra de la clase obrera. ¿Qué se puede esperar del sistema capitalista?

¿Qué decir del mismo sistema, de carácter totalitario, en países como Italia y Alemania, donde el pueblo ha sido «intensamente oprimido» y la vida de cada hombre vale menos que cualquier pieza de maquinaria?

Mientras tanto, este ingenioso y diabólico organismo burgués, a través de continuas evoluciones, ha alcanzado proporciones mastodónticas y formas caprichosas que no pueden encontrar ya ningún modo de adaptación a la humanidad. Parece que vivimos los tiempos de aquellos monstruos prehistóricos

que, según algunos naturalistas, fueron asaltados y sorprendidos por seres inferiores y pacíficos, cuando la obra destructora de los primeros hacía imposible la existencia a todas las demás criaturas de la tierra.

Parece que el sistema capitalista, consciente de su fin inminente, vea todo a la luz de las llamas que desde fuera procuran alcanzarle y envolverle en sus espirales de muerte. No sabe que el mal está dentro de él mismo, que le produce la fiebre interior y que inexorablemente le mina y le abrasa, llevándolo hacia la inevitable y completa destrucción.

En donde el monstruo burgués ha encontrado difícil adaptación se ha transformado en régimen totalitario y está llevando a cabo su obra devastadora, que todo lo revuelve: hombres y cosas, continuos excesos fuera del propio territorio. En donde a veces conseguía adaptarse con menos molestias para él mismo y para los otros, empieza ya a sentirse incómodo y a ser amenazado desde dentro y desde fuera por los hambrientos monstruos fascistas.

Los dos claman contra un enemigo imaginario, mientras procuran disputarse la misma presa: mayor número de masas, las cuales anhelan, entretanto, librarse de los que actualmente le sojuzgan y de aquellos que quieren atraerlas

Una declaración de Tagore

CALCUTA, 10. — El poeta Rabindranath Tagore, presidente del Congreso Nacional Indio, en respuesta a un telegrama que los indios residentes en Tokio le dirigieron pidiéndole que evitara la campaña antijaponesa en la India, declaró:

«Sería incapaz de evitar esa campaña, aunque lo intentara. Siento una gran simpatía por mis compatriotas del Japón, al igual que la que siento por los japoneses, pero el grito de los corazones aplastados y de los cuerpos triturados que nos llegan de China, es demasiado doloroso y horrible.»—(Reuter.)

a su propio dominio para arrebatársela aquella apariencia de libertad que hace menos desgraciada su existencia.

Hoy día, los pueblos que gimen bajo los regímenes fascistas y los que sufren —aunque menos duramente—, bajo los regímenes burgueses, más libres y más humanos, no tienen otra esperanza que esperar a que los diferentes Gobiernos se lancen a la guerra y entreguen a sus súbditos las armas, las cuales deberían ser inmediatamente convertidas en armas de la revolución para acabar con todos los tiranos y alcanzar los justos derechos de la humanidad.

Pues cuando el pueblo no puede asegurarse por medios pacíficos una existencia más humana, no le queda sino la esperanza de una guerra para transformarla en revolución.

Contra una burguesía que no duda en poner en práctica sus más inhumanos instrumentos de reacción contra el pueblo, éste no debe negarse a utilizar los mismos

medios en contra de sus enemigos. Hay que contestar a la violencia con la violencia.

Veinte siglos de predicación evangélica, incitando a la resignación y a la paciencia, han contribuido a mantener a la humanidad que sufre en un estado de servilismo y de envilecimiento, como en la época del «Justo» de Nazareth, cuyo martirio ha tenido resonancia profunda en el ánimo de los perseguidos y de los explotados, pero ha endurecido el corazón de los verdugos y de los explotadores, los cuales se han servido y se siguen sirviendo del Nazareno para disimular bajo su nombre los más nefandos crímenes.

Que adquiera, finalmente, el proletariado la consciencia de sus propios derechos y de su propia fuerza y saque provecho del magnífico ejemplo del pueblo español que desde hace cerca de catorce meses está luchando heroicamente contra las fuerzas conjuntas de la reacción internacional.

GIOVANNI SUMERANO
(«La Stampa Libera», 6-X-1937.)

Diez años de fascismo totalitario en Italia

Del libro del mismo título original de Silvio Trentin

(Continuación)

Elijo estos ejemplos al azar entre los que conciernen a militantes conocidos cuya actividad ha honrado y honra más el antifascismo italiano.

La lista de todas las víctimas de estos procedimientos infames llenaría muchas páginas.

Por otra parte, la aplicación de las medidas de amnistía por medio de las cuales, de vez en cuando, el fascismo quería hacer creer en el extranjero que su fuerza, por lo mismo que implica un amplio consentimiento popular, no excluye la clemencia, se haya siempre sometido de hecho al *placet* de la autoridad policiaca. Esas medidas de amnistía no han tenido nunca como resultado, no digamos restringir el alcance, ni siquiera suspender provisionalmente los efectos de las medidas de la policía.

Los redactores de uno de los más importantes decretos promulgados en esta materia, el que se refiere a la gran amnistía política del 5 de noviembre de 1932. (Amnistía por la cual, según las palabras del duce:

...la Italia fascista iba a demostrar al mundo entero que, fortalecida con el apoyo general del país, estaba en condiciones de desafiar toda hostilidad y todo ataque y testimoniar a todos, de una manera jamás igualada, su clemencia magnánima para con aquellos que habían incurrido en las sanciones de la ley).

...Muy lejos de disponer lo que fuese para atenuar o dulcificar las consecuencias de las prerrogativas de la autoridad policiaca, tuvieron buen cuidado de precisar expresamente (Art. 4.º), que todos aquellos que, en la fecha de 4 de noviembre se hallasen confiados a los cuidados de la policía, como amonestados o deportados no podían invocar la aplicación para sí de la amnistía, ni pretender un mejoramiento del régimen especial que se les hubiera impuesto.

Aunque la gravedad de esta restricción pareció en los primeros momentos inconciliable con el espíritu mismo de una medida de perdón, el jefe del Gobierno y el ministro de Justicia no trataron siquiera de justificarla del modo que fuese, limitándose, a falta de explicaciones plausibles, a atrincherarse en este sabio principio.

Que no se puede ser indulgente más que con

aquellos que demuestran querer seguir, al fin, seriamente, el buen camino.

La verdad es que la preocupación de no tocar al poder discrecional de las autoridades a cuyo cargo están los sospechosos, respondía, en el fondo, al deseo inconfesable de permitir al Gobierno, en todo estado de causa, y a su antojo, realizar, aunque fuese con desprecio de sus propias leyes, la anulación parcial o total de los efectos de la amnistía en el momento mismo en que éstos hubiesen podido producirse concretamente.

Así, en el campo de los antifascistas irreductibles, la libertad no se concede graciosamente por la amnistía más que con el fin de hacer posible su confiscación inmediata en beneficio de los agentes del poder encargados de velar por que el reclutamiento de *presidarios* sea cada vez más intenso.

Como prueba de lo que digo, me contento con evocar este episodio típico. Mario Baldazzi, voluntario y mutilado de guerra, condecorado con la medalla militar, es deportado en 1926 como sospechoso a la isla de Lampedusa, de donde, algún tiempo después, es trasladado a la isla de Ustica. En cumplimiento de pena, teniendo que ser trasladado a Roma para someterse a una grave operación quirúrgica, es acusado, durante su permanencia en esa ciudad, de haber enviado una pequeña suma de dinero a la desdichada familia del antifascista Lucetti (el joven libertario que en 1917 atentó contra la vida de Mussolini), y, por este hecho, se le condena a cinco años de reclusión. En virtud de la amnistía del 5 de noviembre de 1932, este delincuente excepcional hubiera debido recobrar, inmediatamente, su libertad. Pues, precisamente en ese momento, intervino de nuevo la policía y, haciendo uso de los poderes que el artículo cuarto del decreto de amnistía hacía intangibles, no vacila en someterle al castigo, a su salida de la Casa central de Alejandría, de una residencia forzosa durante cinco años en la isla de Ponza.

Idéntica suerte le fué reservada, en la misma ocasión e iguales circunstancias, a los antifascistas Oggioni Giulano y Bonfante Enrico, del departamento de Varese, quienes, puestos en libertad como consecuencia de la amnistía, fueron inmediatamente deportados, como sospechosos, a la isla de Ventotene. Estos episodios no necesitan comentarios. Muestran de una manera irrefutable, que, a partir del mes de noviembre de 1926, no hubo ley, en el interior del Estado fascista, cuya protección pudiese ser útilmente invocada por ningún ciudadano que no estuviese en condiciones de probar su sumisión ciega al partido que estaba en el Poder.

Sin embargo, dada la necesidad en que se hallaba siempre el fascismo de concentrar sin descanso todos sus esfuerzos en el perfeccionamiento incesante del aparato de opresión con el cual se obstina —siempre impotente para someter la realidad a sus deseos— en asegurar un carácter totalitario a

la imposición por él ejercida en la vida nacional, sean cuales fueren las formas de sus manifestaciones, la labor encomendada a la policía no iba a tardar en ser abrumadora.

Domesticación de la magistratura

Llegó, en efecto, el momento en que fué necesario pensar en aligerarla del peso asociando a ella, en la prosecución de la obra delicada de profilaxis que tan cuidadosamente había organizado al mismo personal de la administración de justicia.

Ello fué posible el día en que, sometida la magistratura al poder ejecutivo, el papel y la dignidad del juez quedaron reducidos al papel y a la dignidad de un criado fiel. Naturalmente, aun en esta circunstancia, las formas fueron rigurosamente respetadas. Sólo la ley, votada de acuerdo con el procedimiento prescripto por la más estricta ortodoxia parlamentaria, podía conceder a los magistrados italianos el honor de ser admitidos para realizar las funciones auxiliares de policía.

A Rocco corresponde el mérito de haber realizado con esplendor esta nueva reforma. Nadie ignora, en efecto, que Rocco es el padre putativo del Código penal fascista, promulgado solemnemente el 19 de octubre de 1930 y presentado al mundo entero, en un informe denominado histórico como

...uno de los monumentos más grandiosos de la potencia del genio italiano, de ese genio italiano a quien la conciencia nacional creada por la guerra y por el fascismo, ha librado, por fin, de toda influencia de ideas y tradiciones extranjeras, llevándole a concepciones originales y por ello auténticamente italianas!

Con este Código —que niega o burla o manifiesta con un cinismo no igualado más que por la inconsciencia, los principios directivos en que hasta ayer se ha inspirado siempre el derecho positivo de la Italia democrática, sustituyendo, por ejemplo, la idea de sanción por la idea de venganza, la noción de la libertad por las de subordinación servil y obediencia ciega, los derechos del ciudadano por los poderes sin límites del Estado—, el fascismo no se limitó a movilizar para su defensa las penas innumerables y feroces, incluyendo entre ellas la de muerte expresamente restablecida, cuya aplicación le fué posible mediante la usurpación en su favor del monopolio de la justicia punitiva.

Se dedicó, además, a despojar a los magistrados —inclinados por rutina a pesar los textos— de todo escrúpulo legal, de toda preocupación exegética, y ofrecerles el medio —para que les fuera posible dar la medida de su adhesión al régimen— de castigar al inocente no convencido de «fascismo profesional», aplicando, sin embargo, la ley.

Con este fin instituyó, al lado de las penas propiamente dichas, y procurándoles un sitio especial en el Código, las «medidas de seguridad» (libro pri-

(Continuará)

La ejecución de Antonio José, el músico poeta

Del libro *DOY FE... Un año de actuación en la España nacionalista*, publicado en París, por ANTONIO RUIZ VILAPLANA, Secretario del Juzgado de Instrucción de Burgos (Capital de la España rebelde).

Conoci a Antonio José muy superficialmente; me fué presentado a los pocos días de llegar a Burgos y comprendí que se trataba de un tipo aislado e interesante, en aquel ambiente gris.

Tenía verdadera pasión por la música, a la que se dedicaba enteramente, pero su temperamento inquieto buceaba también en el campo de la literatura. Leí diversas obras suyas y en todas campeaba un espíritu literario moderno; no llegué a conocer ninguna de sus composiciones musicales, pero supe que en Barcelona y Madrid se cotizaba su nombre, y particularmente en los estudios folklóricos, había llegado a adquirir fama justificada.

Antonio José se lamentaba del abandono en que la sociedad burgalesa tenía a todas las manifestaciones artísticas. Había intentado vanamente remover aquella masa muerta, y convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, soñaba con poder trasladarse a Madrid o Barcelona, donde el ambiente le sería más favorable. Ye le animé en aquellos propósitos, augurándole un porvenir risueño, alejado de la tierra inhóspita e incomprensiva, donde su juventud animosa se perdía inútilmente.

Una tarde, camino del Castillo, me habló de sus proyectos y de su plan. Tenía yo razón —me decía—; iba a dejar Burgos, y se trasladaría a Barcelona, donde contaba residir una temporada; precisamente había obtenido allí un gran éxito con sus composiciones folklóricas, y tenía proposiciones de ayuda y de orientación muy interesantes; luego quería ir a París, viajar, cultivar su espíritu, y llevar por todas partes la música española, sobre todo la castellana, de raigambre popular. Hablando de esto se entusiasma ardorosamente. ¡Cómo sentía él a España y sobre todo a Castilla!... Era un ferviente enamorado de sus riquezas artísticas, de su cancionero popular y antiguo, medula de todas sus composiciones y páginas sinfónicas...

Enamorado de su arte, fanático de sus estudios folklóricos, encerrado en su torre de marfil vivía alejado por completo de la política y de las cuestiones sociales. Alguna vez, en la conversación, se reía de su ignorancia en todas estas materias, pues confundía los partidos políticos, y hasta los nombres de los jefes y mentores de los mismos.

Sin embargo, aunque desconocedor y alejado en absoluto de la política, tenía un sentimiento generoso y bueno, que intuitivamente le acercaba al pueblo, haciéndole ver con simpatía todo lo popular y humilde.

Tal vez el influjo de sus estudios folklóricos, genuinamente de la tierra llana, reflejo de los lamentos y pasiones sencillas de los pueblos, los acentos bravos y dramáticos de las serranías, las hondas ternuras de los valles, que él tanto conocía y amaba, impresionaron su corazón y le acercaron al verdadero pueblo. Su mayor placer era hablar con los campesinos y pastores, a los que arrancaba viejas leyendas y sonatas, y de regreso a la ciudad, le oíamos lamentarse del abandono moral y material en que aquella pobre gente vivía. Yo le llamaba irónicamente el «Baudelaire» de Castilla.

Cuando se constituyó el Ateneo Popular, Antonio José se encargó de la organización de cursos y conferencias musicales; él que ignoraba por completo la significación política y sindical de aquel Centro, solamente veía en él un refugio, un hogar para el pueblo, para el obrero y el campesino, y puso su gran talento y entusiasmo al servicio de su obra.

Además de dar conciertos, llegó a organizar en el Ateneo un Orfeón popular, cuya masa coral, constituida su gran orgullo. El reclutó entre los obreros de las minas y del ferrocarril, entre los gañanes, entre los zagales del campo, un conjunto que su arte depuró y consiguió hacer valioso; con él recorría, durante los domingos y fiestas de la comarca, los pueblos y hasta las aldeas, llevando por todas partes, la alegría y el espíritu de una nueva época, de un nuevo sentir...

Los pueblos agrios y tristes de Castilla, se alegraron con aquellas voces y músicas populares, que sentían y comprendían intensamente, porque estaban arrancadas de sus entrañas, para serles ofrecidas en forma de consuelo y de esperanza; las tardes grises de los campos se alegraron al son de las viejas cántigas resucitadas:

Ya se murió el burro.
Que acarrea la vinagre.

Ya lo llevó Dios
De esta vida miserable.
Que tururú...
Que tururú...
Que tururú...
Que tururú...

Y las mujerucas rugosas y las muchachitas pálidas de la tierra árida, derramaron sus primeras lágrimas, arrancadas a su sensibilidad embotada, con las notas de la canción serrana, todo nostalgia y ternura:

Ya se van los pastores
A la Extremadura...
¡Ya se queda la sierra
Triste y oscura!...

Antonio José, que había conocido el triunfo en Barcelona ante públicos versados en arte e inteligentes, que proyectaba largas excursiones por Oriente, me confesaba, con ingenuidad, que nada le emocionaba tanto, como aquellos domingos pueblerinos, en los que «buhonero» del arte, se derramaba por los senderos, recibiendo algunas veces como premio, una gallina o una cesta de fruta, de los campesinos y campesinas.

En Burgos, las clases acomodadas, los jerifaltes del casino, no veían con simpatía a Antonio José; su alejamiento de la vida oficial y burguesa, le acarreo la hostilidad de todo el elemento oficial, y singularmente de la gran palanca clerical. Habían intentado captarle, pero ante su independencia y espíritu rebelde, le hicieron blanco de todo su odio.

Aquel reciente triunfo de Barcelona, recogido en toda la Prensa; el conocimiento de sus proyectos, y sobre todo su cariño y ascendiente entre el elemento popular, atizaron el fuego de la aversión al músico joven y rebelde.

Algo vino a aumentar el encono. Varios muchachos de su idea y temperamento, unidos en la misma inquietud, y con grandes esfuerzos y sacrificios, llegaron a fundar una revista ilustrada, titulada «Burgos Gráfico», alejada del influjo tradicional dominante.

Antonio José solamente se ocupaba en la revista de temas musicales, o de asuntos literarios, sin relación con la vida local, pero a pesar de ello la gente le reprochaba su colaboración en aquella revista «libre».

Con motivo de un suceso de gran trascendencia, la revista tuvo que dar fin a su breve existencia. Había ocurrido en Estépar, pueblo cercano a Burgos, un hecho escandaloso; el párroco, había abusado de varias niñas, y el pueblo, justamente indignado, se amotinó exigiendo su castigo.

El sumario se llevó a nuestro Juzgado, y la Audiencia condenó al inculpado a la pena de doce años de prisión. Ciertamente, el caso era monstruoso.

El hecho trascendió enormemente en Burgos, y aun en toda España; pero en la ciudad levítica, ni por medio de la Prensa, ni de un modo público, se permitió hablar de ello, y ante aquel absurdo atemoramiento de la verdad, circularon unas hojillas con coplas que la gente, ansiosa de conocer el caso, arrancaba de las manos a los vendedores.

El autor y los repartidores de tales papeluchos fueron detenidos y encarcelados, con aplauso de toda la Prensa y opinión, excepto... de la revista «Burgos Gráfico», que, en un artículo, se mostró conforme con el castigo del autor de las coplillas, pero achacó la difusión y aún la existencia de ellas, al forzoso absurdo silencio que la Prensa y opinión reaccionaria habían impuesto en torno al asunto.

Recuerdo que en aquel artículo se censuraba a las autoridades eclesiásticas y civiles, por no haber tenido una palabra de condenación sobre aquel hecho monstruoso que había mancillado el nombre de un pueblo.

El hecho de que entre los eclesiásticos exista un monstruo —venía a sostener el articulista—, no humilla ni culpa a toda la clase, como la existencia de un militar cobarde o de un médico criminal, no deshonor a sus compañeros, pero el amparo y encubrimiento con que la alta sociedad, el clero y la Prensa, rodean este hecho, mientras dedica columnas enteras al robo cometido por un proletario, es escandaloso y reprochable. Si la gente hubiera sabido la verdad y con las oportunas advertencias, se hubiera hecho saber el castigo del culpable, y la repulsa que su acto había merecido a todos, seguramente no hubieran surgido esas obscenas coplas.

Aquel artículo produjo sensación en Burgos, y provocó tan vivas protestas que la revista hubo de ser suspendida, pues los suscriptos, los lectores y hasta los propios anunciantes, fueron advertidos «piamente» de lo pernicioso y dañino que era tal

publicación y sobre todo de que ningún católico debía prestarla alientos... Naturalmente, la revista ta sucumbió.

Ocurrido el alzamiento, Antonio José fué detenido e ingresó en el Penal.

Cuando me enteré de ello, temí por su suerte y hablé de su caso con todo interés a un alto jefe de Falange; me aseguró que ellos nada tenían que ver con tal detención.

Entonces comprendí de dónde partía la orden. Pretendí, algunos días después, venciendo mis temores, verle en el Penal, pero... ya era tarde.

Un oficial de Prisiones, buen corazón, confuso, sintiendo en su alma la misma congoja que me oprimía, me contó todo lo sucedido.

También él, que hubo de presenciarse todo, y con él otros empleados, habían intentado evitarlo, y ante su inutilidad, sintieron la misma rabia que yo sentía. Comprendían que él no merecía, en modo alguno, aquello y, además, habían llegado a tomarle afecto, por su carácter bueno y aniñado, pero...

¡Pobre Antonio José! Ingenuo y desconocedor de la situación, hablaba siempre de su pronta salida de allí, y refería entusiasmado sus proyectos, hablaba de sus nuevas composiciones...

Dos noches antes, había sido sacado de su celda, adormilado aún, y unido al grupo que en el fondo del pasillo esperaba la orden siniestra de marcha.

Entonces se dió cuenta de la realidad; vió en las caras de angustia de sus compañeros, en los llores de unos, en los vómitos de otros, la amarga verdad, y tuvo un momento de infantil terror. Llorando, con gritos de angustia, buscaba un inútil resto de piedad en los ejecutores de órdenes criminales.

Bueno, humano, hasta en aquel momento, su corazón de artista fué cordial en aquel instante dramático, y solicitó ser esposado para morir, con un pobre muchacho, casi un niño, aprendiz de la imprenta donde se hacía la revista.

Esposados ambos, salieron juntos del Penal para montar en el autobús, y juntos, hermanados en el vivir noble y en la muerte afrentosa, fueron ejecutados en el Llano de Estépar...

¡Llanos de Estépar!... Muchos atardeceres he ido para llorar en silencio por mi amigo Antonio José, yacente en tus entrañas... Pensaba en él, y le veía impotente, sólo, acobardado entre las fieras que le dieron muerte.

Y he prometido obtener que en tu suelo trágico se eleve un día un sencillo monumento a la memoria de Antonio José y de todos los mártires que reposan en tu seno...

No habrá en su inauguración desfiles militares, ni discursos y charangas patrioterías... Sólo habrá hombres y mujeres del pueblo y un orfeón popular, un orfeón de obreros y campesinos como aquel que había creado en Burgos, y que con lágrimas en los ojos y firmeza en el corazón, repetirá la tonada que a él tanto emocionaba:

Ya se van los pastores,
Ya se van marchando...
¡Más de cuatro zagalas
quedan llorando!...

La muerte de Antonio José llenó tanto de indignación mi espíritu, que aun a sabiendas de que me arriesgaba, protesté de ella ante la autoridad militar suprema de la zona.

Un general rudo, pero comprensivo, se interesó por el caso y ofreció justificar ante mis ojos aquella muerte.

No tardó mucho tiempo en llamarme. Antonio José había sido ejecutado por... ¡espía!, me dijo.

Allí tenía sobre la mesa la prueba que había sido base de su condena; y me enseñó diversos artículos de la revista «Burgos Gráfico», y entre ellos uno destacado con señales rojas. Era un artículo firmado por Antonio José, sobre la música sefardí, y en él el articulista relacionaba tal música, por su raíz popular, con la música folklórica castellana.

—Este artículo está escrito con clave!—expresó misteriosamente.

—No es cierto—le repuse sin poder contener mi indignación.

—Está usted excitado y no quiere darse cuenta —decía el general, no muy convencido—; vea usted el artículo detenidamente, como a mí me han hecho observar, y apreciará, efectivamente, que en él se incita al pueblo, bajo un lenguaje figurado, a la rebelión.

—¡Falso! —dije indignado—. Conozco perfectamente (Continúa en la página siguiente)

tamente el artículo y en él Antonio José no hacía más que comparar la música sefardí con la nuestra y decir que una y otra recogen todo lo que hay de hondo, de lamento, de sufrimiento en las clases bajas de la sociedad. Sólo la maldad puede haber visto en este artículo algo favorable a la rebelión. Pero, además —le dije ya fuera de mí—: vea usted la fecha de su publicación: «Marzo de 1936». ¿Se condena por incitar a la rebelión contra el Gobierno para arrojar al cual se ha levantado todo este movimiento? Aun admitiendo la sutil y criminosa intención, ¿no ve usted su falsedad con sólo ver la fecha de la publicación del artículo?

El general, confuso y anonadado, ante mis evidentes razonamientos y sobre todo ante mi actitud, optó por desentenderse del caso, alegando que él no tenía intervención en aquello, que correspondía a la alta autoridad de las Auditorías.

No quise escuchar más, y me despedí de él secamente.

Durante toda aquella noche, no puede dormir ni un solo instante.

La infame acusación, la sutil deducción ilógica y absurda, de aquel artículo completamente inocente, crispaba mis nervios, y la infamia consumada e irreparable excitaba mi indignación

Ya no podía sufrir más aquel ambiente de horror y de crimen. El asesinato de aquel noble muchacho, a quien me unían sólo relaciones superficiales de amistad, pero que sentía como si se tratara de un hermano, colmó la medida de mis nervios de mi pasividad y de mi paciencia.

No. A pesar de mi carrera, que se presentaba brillante, de mi posición económica, desahogada, quería vivir más en aquel ambiente. Y a la mañana siguiente tomé la determinación irrevocable de huir de aquella zona dominada por la crueldad y la injusticia... ¡De huir de la España nacionalista!

El capuchino Alzo, miembro del partido nacionalista vasco, ha sido trasladado por orden de las autoridades rebeldes

BURDEOS, 20. — El hermano capuchino Alzo, que desplega gran actividad en favor de los refugiados españoles en la región del Suroeste, ha recibido de las autoridades superiores de su comunidad la orden de salir de Burdeos inmediatamente y de fijar su residencia en el departamento del Loira.

El hermano Alzo, que era miembro del Partido Nacionalista Vasco, había sido objeto de una nota enviada al Vaticano por la Junta rebelde de Burgos.

La medida que acaba de tomarse con él, a instancias de las autoridades rebeldes, ha producido gran indignación entre todos aquellos que, en Burdeos, habían apreciado el desinteresado espíritu de sacrificio del hermano Alzo.

(Agence Espagne, 20-X-937.)

Ante la segunda campaña de invierno, los defensores de Madrid se muestran francamente optimistas

—Si nuestros morteros alcanzasen hasta aquella loma, esos cañones no dispararían sobre Madrid, —nos dice un soldado apretando el puño.

—¿Es que son de corto alcance?

—¡Qué va!, pero no hay mortero que llegue allí.

—Entonces...

Por toda contestación ríe con su cara ancha sin afeitar. En su deseo de ayudar a la población de Madrid, dice cosas imposibles. Porque, en efecto, la loma está muy distante. Tanto que, a simple vista, apenas se pueden distinguir sus características. Con unos gemelos se llegan a ver unos pequeños chaparros chamuscados por las explosiones de las granadas republicanas, cuando nuestros cañones hacen fuego de contrabatería.

—¿Y nuestra artillería, no les hace callar?, —insiste.

—Muchas veces. Casi siempre que empieza a disparar. Pero los cañales traen otros cañones o colocan los mismos en otros sitios. ¡Si hubiera morteros que llegasen allí!... —repite mecánicamente.

Invierno

Las trincheras han cambiado de aspecto en un par de días. El frío y la lluvia se han echado encima en este otoño sin otoño y se ha pasado bruscamente del mono al capote, sin el tránsito por la cazadora. Hasta hace dos días se podía venir a las trincheras con traje de ciudad. Los zapatos volvían tan lustrosos como se llevaron. Desde hoy hay que venir vestido de una manera adecuada. Ya los soldados tienen que hacer su guardia con el barro por encima de sus gruesos zapatores. En las «chavolas» se encienden las primeras estufas y la actitud de los soldados en descanso es distinta. Antes, durante el verano, los muchachos descansaban en cualquier parte, tendidos en el sitio más cómodo que encontraban. Unos leían, otros escribían. Ahora todo tiene un aire de intimidad. Los soldados se agrupan en torno al fuego.

Antes, recorriamos cada día todo un sector. Ahora, en cuanto vemos una lumbre acogedora, entramos, y

pasamos el tiempo charlando con los muchachos.

En las trincheras no se pasa frío

—A nosotros —nos dicen— no nos asusta un segundo invierno de guerra. Al fin y al cabo no lo pasamos mal. Aquí en el frente hay siempre maderas que quemar para quitar el frío.

—Y además —termina otro— estamos en el frente y ya hace bastante tiempo que no lo parece, porque no ocurre nada que nos haga enterarnos de que los traidores están ahí delante.

—No seáis impacientes.

—¡Si lo que estamos deseando es que haya combate! Ya nos aburrimos de todo el tiempo sin hacer nada.

—Sí, sí, —termina otro— que vengan para acá esos italianos.

Cuando salimos de la chavola, el agua cae con insistencia y la noche lo está cubriendo todo. Por las trincheras pasan de un lado para otro las siluetas de los muchachos con sus gruesos y amplios capotones. Las suelas de las botas se pegan al barro y producen un ruido extraño, que nos recuerda el sincronizado de las películas de guerra. Sólo que esta guerra nuestra tiene episodios mucho más admirables que los que puedan ocurrirse al director de imaginación más acusada.

En territorio rebelde entran personas hostiles al régimen de Franco

Gibraltar, 20 octubre. — La Policía de La Línea ha descubierto una organización que tenía por objeto facilitar el paso al territorio rebelde de personas hostiles al régimen de Franco. En esta organización, compuesta de cerca de 30 miembros, figuran importantes personajes oficiales de Aduanas y del Cuartel General rebelde, todos los cuales han ingresado en la cárcel. Uno de ellos ha declarado que era ya considera-

ble el número de personas que, de una manera clandestina, había atravesado la frontera de la zona franquista.

La policía ha descubierto en los domicilios de los miembros de la organización muchos objetos de valor, procedentes, sin duda, de las casas de los republicanos que fueron ejecutados por los facciosos en los primeros meses del terror blanco.

¡MAS CLARO AUN!

El agresor del buque de guerra inglés "Basilisk" era el submarino alemán "U 24"

Este fué hundido por los destructores británicos

París, 25. — Se sabe por fuentes fidedignas que el ataque contra el destructor británico «Basilisk», el 4 de octubre, fué efectuado por el submarino alemán «U-24», de la base de Wilhelmshaven. Este submarino, cuyo comandante era el teniente Beedemann, fué hundido por el destructor inglés. Por lo menos, a partir de la fecha del ataque no se ha tenido ninguna señal de su existencia.

El 12 de octubre, los parientes de los tripulantes del citado submarino fueron informados de que éste se había hundido al efectuar una maniobra y que la tripulación entera había desaparecido. Con amenazas de severas sanciones, dichos parientes fueron invitados a guardar silencio sobre esta información.—FABRA.

Este BOLETIN se reparte gratuitamente

La lucha religiosa en Alemania Los nazis declaran que están dispuestos a luchar hasta el fin para exterminar hasta el último resto del espíritu religioso extraño al país

PARIS. — Desde Mannheim se reciben noticias dando cuenta de la lucha religiosa que se desarrolla en toda Alemania, lucha que adquiere intensidad suma.

Dicen esas noticias que en el «Die Siegrune» órgano de la Liga de Combate por la fe alemana en dicha ciudad de Mannheim, el jefe local de la mencionada Liga escribe:

«Nuestro fin es realizar la unión de todos los alemanes, alrededor del Dios alemán. Estamos dispuestos a luchar hasta el fin por nuestra sagrada convicción y conseguiremos crear el estado racista en toda su plenitud, a pesar de la hipocresía cristiana y de los millares de millones del capital judío. Nuestra querida Alemania tendrá entonces un pueblo, un Führer, un Reich y una religión. No dejaremos de luchar hasta que no veamos exterminado el último resto del espíritu religioso extraño a nuestro país.»

En el periódico, se dirige además

Mientras delibera el Comité de Londres, Alemania sigue enviando a los facciosos técnicos militares de todas clases

Viena. — Se sabe, de fuente fidedigna, que nuevamente se nota en Alemania movimiento de tropas con destino a España. Hitler envía soldados para que continúen la invasión. Estos soldados salen en largos trenes, con dirección a Trieste, vía Viena.

El día 4 de octubre pasó por la estación fronteriza austriaca de Kufstein, un tren con «voluntarios». Este tren llegó a la estación a las seis de la mañana. El transporte se formó en la central de los ferrocarriles del Reich en Munich y desde allí se avisó a Kufstein la llegada de la expedición.

Las ventanillas de los vagones

iban cerradas, con objeto de evitar miradas curiosas.

Se sabe, sin embargo, que el número de oficiales que en él iban es considerable. Entre otros, se contaban en un vagón de segunda clase cuatro comandantes jefes y varios oficiales subalternos de la Reichswehr.

Dos días después, el día 6 de octubre, pasaba a media noche, por la mencionada estación de Kufstein otro tren.

Se afirma que estas tropas por disposición del Gobierno nazi saldrían de Trieste para España el día 18 de octubre.

La solidaridad, garantía de la victoria

Saturados de horror, deprimidos por tantas necesidades y tantas cobardías, ¡qué magníficas razones hallamos para esperar, sin embargo, en el espectáculo de una solidaridad que es la garantía cierta de la victoria! Digamos a nuestros doloridos camaradas españoles con qué fervor y con cuánta ansiedad seguimos las fases de la lucha, en la cual estamos directamente interesados.

Pero no podemos tener nuestra conciencia tranquila, mientras no demos a nuestros amigos más que el apoyo ilusorio de inflamadas palabras. Ello sería odiosamente ridículo. El ardor de nuestros sentimientos fraternales debe manifestarse de manera más generosamente eficaz respondiendo, el 31 de octubre, al llamamiento del Socorro Popular para ayudarles ampliamente a mitigar el dolor de las víctimas de Franco. La Francia antifaquista obtendrá así una excelente victoria sobre la España fascista.

FRANCISCO JOURDAIN,

Presidente del Movimiento pro Paz y Libertad («La Dépêche», 22-X-937.)

jo un tratado, por razones que duran más que un instante. Y muchas veces se firma incluso, con propósito deliberado de no cumplir y sorprender la buena fe de los demás. Así ha procedido el Reich con la Iglesia. ¿Cómo puede, pues, inspirar confianza a nadie el Gobierno alemán?».

Lenguaje tan claro, tan firme como este que se atribuye al Cardenal Faulhaber, arzobispo de Munich, no se había empezado nunca en Alemania. La verdad no se había dicho tan descaradamente. Por eso la viva impresión que ha producido.

El periódico nazi duda del espíritu cristiano del Cardenal, por su actitud enérgica.

Para él es más cristiano espiritualmente Gomá, que bendice los aviones que Goebbels, el que lanza las acusaciones más terribles contra el clero alemán e impulsa la lucha contra la religión, envía a España para que asesinen niños y mujeres.

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este BOLETIN